

apoyábamos, y bajo cuyas ramas nos encontrábamos todas las noches.

Yo nunca había visto aquel sitio de día: la hierba y el mirto estaban amontonados, y conservaban todavía nuestras huellas. Se apoderó de mí el temblor del recuerdo al mirar este suelo, en el que se conservaban aún las señales de nuestra permanencia. Me fuí de aquel sitio triste y desolado, y sin embargo, volví después á llevarme una florecilla campestre, que había brotado entre las raíces, en el sitio en que apoyábamos nuestras cabezas.

.....

En la playa había ahora gente. Los marineros de mi canoa habían despertado á los que se alojaban en la posada para darles la noticia de nuestra partida.

Los sencillos aldeanos de las cabañas inmediatas habían venido á decirme adios, y preguntaban en italiano á mi criado sobre nuestro viaje.

El sol comenzaba su carrera dulcemente, radiante en el claro cielo.

Estaba allí Mateo Ivovitch, que me traía como

regalo un antiguo fusil de Albania; además estaba Gregorio, el valiente Gregorio, al que deseaba ver más que á los otros, porque tenía necesidad de él para un asunto importante. Dí á éste una bolsita de seda roja de Cattaro, con algunas monedas de oro, diciéndole:—«Para Pascuala; sube de prisa á buscarla en la montaña y díla que me voy.....»

El albanés Mehmet llegó también; su regalo de despedida era un saco de tela, que contenía tabaco de contrabando, que él mismo había traído de Scutari.

Yo me había retardado; hice preparar mi canoa, y la orilla de Baozich se alejó para siempre.

Aún oí lejana la voz de Mehmet que me gritaba:—«¡Allahsélamet versen!»—Y este adios supremo de los turcos, que no había oído desde mi partida de Stambul, repercutió en mi alma como una llamada lejana del pasado, como un reproche, como una nota lúgubre.....

A bordo se hicieron los preparativos para la partida, como de ordinario. A las diez se encendieron los hornillos.

Pero el *Temerario* estaba *consignado* y prohibida la comunicación con tierra; miraba yo lejana la orilla y las cabañas de Baozich, de las que llegaban á última hora barcas cargadas de provisiones para el camino; las gentes del país habían cargado allí frutas, legumbres, pájaros, pescados, todo lo que se podía vender á los marineros.

Se acercaba el medio día. Una barca, en la que creí reconocer la de Juan, salió de la orilla, dirigiéndose hacia nosotros. Conducía esta barca una mujer: Pascuala, llevada por su hermano..... ¿Qué

me querían los dos? Yo los veía acercarse y nada comprendía.

Llegaban, estaban ya muy próximos y fijaban en mí sus ojos grises, semejantes, con una misma expresión extraña de calma y de melancolía. Entonces adiviné lo que querían. Juan me enseñó la bolsa de seda, indicándome que habían venido para devolvérmela.

Se iban á levar anclas, y ya tenían los marineros de servicio la consigna de no permitir á nadie la entrada en el barco. Sin embargo, les dí la orden de dejar pasar á Juan y de conducirlo á mi cámara. Mateo estaba todavía á bordo, y yo formé mi plan, que le expliqué rápidamente.

Juan entró en mi cámara conducido por un timonel, y al mismo tiempo que miraba en torno suyo con asombro de salvaje, dejó caer la bolsa en mi cama.

—Está bien—le dije—la recojo, ya que no la queréis. Pero, espérame; tengo que decirte otra cosa.

Entonces salí y tiré la bolsa á Mateo, que después de apoderarse de ella, desapareció.

Dí á Juan mi retrato y una estampa en un cuadro dorado, con la imagen de uno de los patronos de Castelnuovo.

Esta vez aceptó y me prometió enviar á Pascuala

las dos cosas. Después le tendí la mano, que dudó en tomar y que estrechó, diciéndome adios.

Levaron anclas; se amarraron las últimas canoas. Todo estaba en revolución y reinaba allí el alboroto propio de los momentos de partida. El ruido de la máquina se mezclaba con las voces de mando y con los silbatos.

Me inquieté por Pascuala, que había quedado sola en su barca, sin el auxilio de su hermano; no podía comprender que estando tan cerca de mí estuviera á la vez tan lejos; la angustia me oprimía el corazón.

Sin embargo, me había retrasado para la maniobra y corrí á mi sitio en el castillo de proa.

Un momento después volví á ver á los dos en la barca, debajo de mí, casi tocando con el buque. Se habían acercado imprudentemente, y aún me tendía Juan la maldita bolsa encarnada que, á pesar suyo, había vuelto á su poder.

Era ya demasiado tarde, y se les gritaba que se separasen. Les cubrió una ola de espuma blanca. La formidable máquina se puso en movimiento en aquel instante, y entonces tuvieron miedo.

La bolsa roja cayó de las manos de Juan á las ro-

dillas de Pascuala. ¡Sin querer, las monedas fueron para ella! Entonces yo tiré un beso á la barca. Felizmente, dos marineros que estaban sobre el bauprés fueron los únicos que vieron este beso irreflexivo é involuntario, en el que acaso iba algo de mi alma.

Pascuala bajó la cabeza, Juan se quitó su gorro, y el *Temerario* se puso en marcha.

Se oyó el cañón, repercutieron las salvas en las montañas, y los pífanos de la escuadra europea saludaron nuestra partida.

Ví aun durante mucho tiempo en su barca á Pascuala y á Juan, como dos puntos blancos y rojos sobre el agua azul.

Y después esa profunda bahía de los slavos, que ya no volveré á ver, se encerró poco á poco en sus montañas. Todo acabó.

Y ahora es de noche, y estamos en alta mar.

.....

FIN DE PASCUALA.

